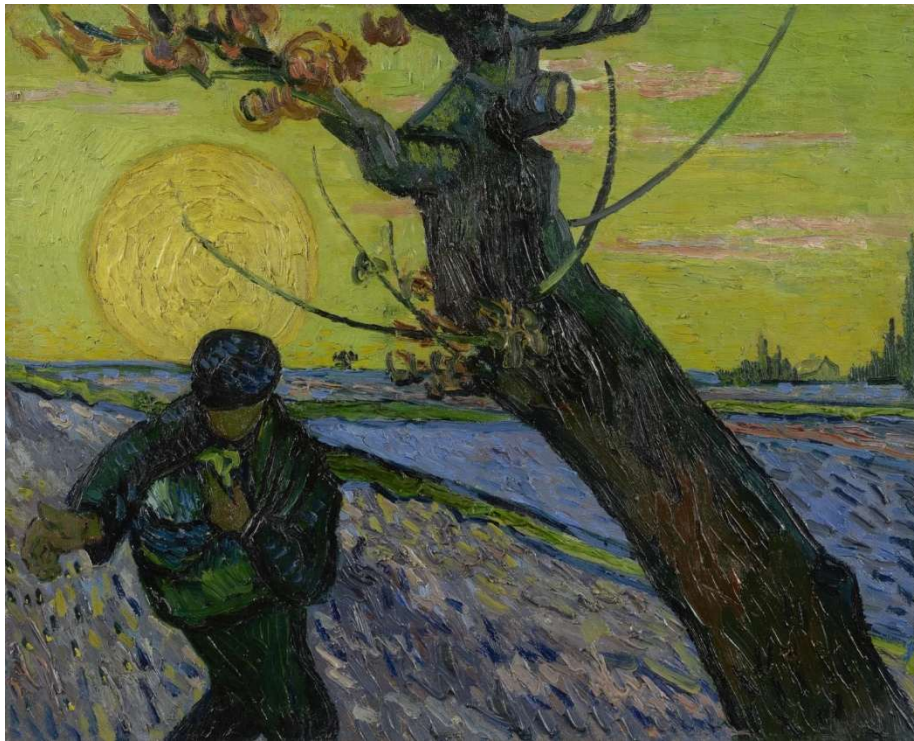


Domingo XV – Sembradores del Reino

Este domingo comenzamos a meditar las “parábolas del Reino” en el evangelio de San Mateo. Ante todo, conviene recordar que el “Reino de Dios” o “Reino de los Cielos” es el proyecto salvífico de Dios, que se realizó en Jesucristo, pero que todavía no se ha manifestado plenamente. Sin embargo, insiste Jesús en que el Reino “está llegando”. Y esa es la razón de nuestra esperanza. Pero se trata de un misterio, algo que no podemos percibir a simple vista sino sólo en la fe. Por esta razón, Jesús no nos “explica” la venida del Reino como si se tratara de algo que nuestra razón puede abarcar, sino que nos provoca a abrirnos al misterio a través parábolas: relatos breves, tomados de la vida cotidiana, pero que incluyen siempre algún elemento raro o incongruente que nos induce a buscar un significado más profundo.



V. Van Gogh, El sembrador (1888)

Esto es lo que sucede con la parábola del sembrador. Éste sale a sembrar, y su semilla cae en distintos terrenos. La mayor parte de ellos son poco aptos para que la semilla fructifique, pero ésta siempre encontrará “tierra buena” en la que pueda producir –según dice la parábola– “30, 60 o 100 por ciento”. A nosotros puede llamarnos la atención que se desperdicie tanta semilla. ¿Por qué no sembrar directamente en tierra buena? ¿Por qué no arar primero y luego sembrar en los surcos? La respuesta es que en Palestina es habitual que los terrenos sean muy pedregosos y accidentados, haciendo imposible seleccionar dónde se siembra. Por eso, el sembrador del relato siembra “al voleo”, sin fijarse dónde cae la semilla, en la esperanza en que, al menos una parte, logrará fructificar.

Hasta aquí, entonces, la escena era familiar para los oyentes de Jesús. Pero, como en toda parábola, hay un elemento que se aparta de lo cotidiano: el rinde habitual era del 5 al 7 por ciento. Uno de “30, 60 o 100 por ciento” era algo impensado, milagroso. El oyente se veía impulsado a buscar un sentido simbólico, que no aparece a simple vista. ¿Y cuál era ese significado?

La parábola estaba respondiendo a una inquietud de los discípulos. La misión que Jesús les había encomendado y que ellos habían llevado adelante no había sido el éxito que esperaban: muchos los habían rechazado con indiferencia, menosprecio y hostilidad. ¿Es posible que la Palabra de Dios no tenga fuerza suficiente para hacerse escuchar? La respuesta de la parábola es: la “semilla” (la Palabra de Dios) tiene una vitalidad ilimitada, pero hay terrenos que no la reciben (referencia al corazón de los hombres); aun así, el discípulo debe sembrar con generosidad, sin cálculos previos, con la seguridad de que su esfuerzo producirá frutos tan abundantes que superarán todas las expectativas y compensarán todos los sacrificios.

Este mensaje es extremadamente importante para nosotros. A veces miramos la situación del mundo y pensamos “no puedo hacer nada”. Vemos la situación del país y, de la misma manera, nos decimos “no puedo hacer nada”. Muchos creyentes intentan recluirse en su vida privada y sólo en ella vivir su fe. Pero si pensamos que nuestra fe es impotente para transformar el mundo, ¿por qué razón sería capaz de transformar mi vida o la del pequeño círculo de personas que amo? No podemos limitar nuestra responsabilidad por la venida del Reino. Es todo o nada.

Y aquí es oportuno recordar una reflexión de Francisco sobre esta parábola.

“Como no siempre vemos esos brotes, nos hace falta una certeza interior y es la convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos (...) Esta certeza es lo que se llama «sentido de misterio». Es saber con certeza que quien se ofrece y se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo (...) Tal fecundidad es muchas veces invisible, inaferrable, no puede ser contabilizada. Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. (...) Tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor. (...) Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria. (...) que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca” (Exhortación Evangelii gaudium 279).

En la Liturgia de las Horas (la oración que rezan los consagrados en horas fijas del día), la oración conclusiva de las Completas (oración de la noche) para los lunes, dice así:

“Concede Señor a nuestros cuerpos fatigados el descanso necesario, y haz que la simiente del Reino que con nuestro trabajo hemos sembrado hoy crezca y germine para la vida eterna. Amén.”

P. Gustavo Irrazábal